

Resumen

A la luz de la teoría de Marc Bloch sobre la “plasticidad de la historia”, el presente estudio propone que la *Historia antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero, pretende ejercitar al lector en los cambios de guardia temporales y heredarle, junto a los avatares del mundo mexicana, el hábito intelectual para sospechar formas distintas de construir cronologías. Clavijero anima la experiencia de la relatividad de la historia, lo cual es diagnóstico posible de un mundo que premedita la lectura de su pasado y, por lo tanto, que mina el ingreso a todos sus periodos históricos, incluido el presente. En el establecimiento de todo ello radica la convicción de que, en efecto, el libro es anuncio nítido de los reclamos de autonomía que pronto habrán de conducir a las guerras de independencia en Hispanoamérica.

Palabras clave: *Historia antigua, México, España, jesuitas*

Abstract

In the light of Marc Bloch's theory on the “plasticity of the history”, the present study proposes that the book *Historia antigua de México*, by Francisco Javier Clavijero, tries to exercise the readers in the temporary changes and to offer them, together with the vicissitudes of the mexicana's world, the intellectual habit of suspecting different ways of constructing chronologies. Clavijero encourages the experience of the relativity in history, which is a possible diagnosis of a world that premeditates the reading of his past and that, therefore, mines the access to all of its historical periods, the present included. In the establishment of this stands the conviction that the book is a clear advertisement of the claims of autonomy that will lead to the wars of independence in Spanish America.

Key words: *Old History, Mexico, Spain, Jesuit.*

Clavijero y la literalidad histórica del futuro

Javier Vargas de Luna¹

Clavijero and historical literalness of the future

- 1 Université Laval.
Área de especialización: Literatura Colonial Mexicana
Correo de contacto: Javier.Vargas@lit.ulaval.ca

Fecha de recepción: 30 de junio de 2011
Fecha de aceptación: 30 de agosto de 2011

En la obra de Francisco Javier Clavijero no hay tiempos clausurados, como tampoco hay épocas agotadas: hay memorias por completar, antigüedades inacabadas y libros de historia por leer de otra manera. De hecho, tanto el presente de quien pregunta cómo los pretéritos interrogados se asumen, en la *Historia antigua de México*, como realidades autónomas, épocas con vida propia dispuestas a construir cronologías donde, al parecer, las edades se dilatan y se entreverán los tiempos.

Con un estilo muy propio, Clavijero ha extendido las fronteras del texto histórico al hacer que cada una de las actualidades aludidas en su libro informe de la llegada de estados pretéritos; estos últimos, al explicar la especificidad de sus propias cronologías, anuncian la emergencia de una nueva edad contemporánea en la que, a su vez, se realizan otros periplos hacia otras edades antiguas. Por lo demás, tan insólita dinámica de “temporalidades superpuestas” hace pensar en los compromisos del historiador explicados por Fernand Braudel (1996: 7-15), lo cual equivale a decir que el jesuita veracruzano ha firmado un contrato de muy larga duración con el tiempo, en su afán de ampliar los alcances de su reflexión histórica.

La *Historia antigua de México* no sólo atañe al individuo azteca, morador de una ciudad construida con símbolos de viva temporalidad. Ella no representa, tampoco, un puro ensayo interpretativo de las sociedades mesoamericanas en el tiempo de su gentilidad. Ante todo, su libro funde -¿valiera mejor decir *con-funde*?- las parcelas existenciales de la sociedad mexicana con los orígenes de todos los mundos conocidos, es decir, Clavijero enlaza el Anáhuac con otras edades paganas, con aquella vivida por los griegos, egipcios, hebreos o romanos, pues dichas sociedades le sirven de apoyo para integrar lo mexicano a una concepción providencial de la historia.² Si fuera lícito definir el contenido de la obra desde la superficie de todas estas concatenaciones cronológicas, bien podría decirse que la *Historia antigua de México* representa una muy singular suma de épocas que, al actuar cada una en la dirección

2 Al final, hijo de Leibniz más que de Descartes, en Clavijero se transparenta el *Discurso de metafísica* pues con facilidad adquiere resonancia aquella máxima que lo sintetiza: “todos los sistemas del racionalismo se fundan en Dios” (Leibniz, 1993: 37).

que su actualidad permite, otorga fluidez a los hechos del pasado para convertirlos en maleabilidad comunicante, en flexibilidad trascendental, en cronología introductoria de lo “ya vivido” en lo “por venir”.³

Ahora bien, esta maleabilidad significativa que Clavijero despliega con el objeto de ligar contemporaneidades se adhiere con gran precisión a las ideas expuestas por Marc Bloch en su *Apologie sur l'histoire ou Métier d'historien*. De hecho, las reflexiones del francés sobre la “plasticidad de la historia” (Bloch, 2000: 20) definen muy bien los vaivenes temporales que el autor mexicano practica en su libro. A la sazón, esta noción de plasticidad, aquí epitomada en un afán de síntesis, se explicaría en las siguientes palabras del historiador francés:

Si lo analizamos bien, el uso que la investigación histórica hace de la noción de lo probable, nada tiene de contradictorio. En efecto, ¿qué intenta el historiador que se interroga acerca de la probabilidad de un acontecimiento pasado sino transportarse, por un salto audaz de la mente, al momento anterior a este acontecimiento para evaluar sus oportunidades tal y como se presentan la víspera de su realización? Por lo tanto, la probabilidad pertenece al futuro, pero a un futuro del pasado, armado con un pedazo de lo que para nosotros es actualmente el pasado, puesto que nuestra imaginación ha desplazado hacia atrás la línea del presente (Bloch, 2000: 130).

Tal concepción, aplicada al libro de Clavijero, revela el objetivo de nuestro estudio: establecer que el jesuita veracruzano pretendía, además de entregarnos una lección muy intensa sobre la antigüedad mexicana, ejercitar al lector en los cambios de guardia temporales. Con ello, el autor mexicano buscaba heredarle a sus lectores, junto a los pe-

3 Aquí recordemos a Jacques Le Goff cuando exige, en la introducción al libro de Marc Bloch que nos sirve de guía, no retirarle nunca su parte de poesía al análisis histórico (p 30 y ss.). Asimismo vienen a cuenta las explicaciones de William Carlos Williams en su volumen *En la raíz de América*; en sus páginas pone de manifiesto que cualquier pasado exhibe mejor sus transparencias en la intimidad del lenguaje dado que sólo allí se puede triunfar sobre los automatismos de un presente empañando por imágenes casi siempre habladas de antemano (ver p. 261 y ss.).

queños y grandes detalles del mundo mexicana, el hábito intelectual de sospechar formas distintas de construir cronologías -incluso la propia, la más actual, aquella que dispone y predispone la lectura de lo cotidiano-. Lo que mi estudio pretende es, pues, aclarar que, una vez traspuesta la lectura de *Historia antigua de México*, el propio lector habrá adquirido ciertas inercias críticas que le permitirán fusionar memorias, incidir en su actualidad y, sobre todo, conjeturar formas extraordinarias de porvenir. Dicho lo anterior en términos más propios de otras disciplinas, Clavijero anima la experiencia de la relatividad de la historia en las páginas de su libro, lo cual no es sólo un síntoma de insuficiencia respecto a las fuentes que le sirven de apoyo para redactarlo, sino, además y sobre todo, diagnosis crítica de un mundo que premedita la lectura de su pasado y, por lo tanto, que mina el ingreso a todos sus periodos históricos -incluido el presente-.

En el camino a la consecución de los objetivos expuestos, es menester explicar en Clavijero dos conceptos de orden básico para Bloch. Primero, alejarse de la “obsesión embriogénica” (Bloch, 2000: 60), actitud mental que deforma y desinforma el hecho histórico al hacer de la idea del “origen” la explicación única y final de cualquier actualidad. Después, establecer “la duración del momento reflexivo” (Bloch, 2000: 38), que rodea su obra, es decir, antes que acudir a la explosión de circunstancias que nutre su texto, atender la secuencia de ideas y hechos que lo inspiran; es, pues, en el escalonamiento de dichas voces -ésas que han sido expresadas sin el afán de convertirse en memoria- donde ha de concretarse la “historicidad plástica” del libro. Localizar estas dos realidades, en el ir y venir de los desplazamientos cronológicos que realiza el texto, permitirá comprobar lo antes señalado: que en Clavijero no hay edades cerradas sino exhortos, estímulos, provocación erudita para reflexionar lo mexicano en el tiempo.

Al margen de todo ello podrá probarse, además, que su libro hereda una nueva “literalidad histórica” a sus “compatriotas”:⁴ la del futuro, la

4 Aunque pocas veces aparece el término “compatriota” en el texto, Clavijero sí que lo utiliza cuando quiere construir la figura del lector ideal de su texto. Como era de esperarse, la palabra es de uso corriente en los prefacios y comentarios introductorios

de ese proceso de independencia que ya se presente como inevitable en casi todas las sociedades virreinales -y, no estará de más decirlo, en ellas tanto como en sus libros de historia-.

La plasticidad de Clavijero

En la introducción al Libro VII de su *Historia Antigua de México*, mientras anuncia, entre otras cosas, el ordenamiento político del mundo azteca, sus esquemas y ordenanzas militares, sus sistemas de comercio y educación, y, asimismo, el ejercicio espiritual de los hijos de Huitzilopochtli, Francisco Javier Clavijero revela -por fin- el verdadero significado de los vaivenes temporales que su texto practica hasta entonces. Dejado atrás el catálogo de historiadores con que abre su magna obra, han debido pasar seis libros completos -y más de trescientas páginas- antes de que nuestro autor se permita interpelar a sus lectores para que, en un solo golpe de voz, sean leídas todas las edades mexicanas. Esta fluidez histórica, jironada de una intensa brevedad sintáctica, no crea zonas oscuras en la comprensión del tiempo mexicano. Por el contrario, lo atomiza con el objeto de atribuirle a cada época su signo cronológico correspondiente. El objetivo de tales estrategias discursivas es trascender la idea del “origen”, reducir sus alcances en su calidad de institución normativa de la historia. A la sazón, el párrafo dice lo siguiente:

Así en el gobierno público como en el doméstico de los [antiguos] mexicanos que vamos a exponer en este libro, se dejan ver tales rasgos de discernimiento político, de celo por la justicia y de amor al bien público, que serían absolutamente inverosímiles si no nos constaran por la fe de sus mismas pinturas y por la deposición de muchos autores imparciales y diligentes que fueron testigos oculares de mucha parte de lo que escribieron. Los que neciamente pretenden conocer a los [antiguos] mexicanos en sus descendientes o en las naciones del Canadá y de la Luisiana tendrán desde luego por imaginario su sistema político y

salidos de su propia pluma.

calificarán de patrañas inventadas por los españoles cuanto diremos de sus luces, de sus leyes y de sus artes. Pero yo, por cumplir con las leyes de la historia y con la fidelidad que debo al público, escribiré llanamente la verdad sin temor alguno a la censura (Clavijero, 2003: 283).⁵

Clavijero nos persuade a realizar un viaje intelectual a la cotidianidad del mundo azteca para dilucidar con mayor eficacia sus axiologías. Es necesario, insinúa el veracruzano, respetar el implícito de las actualidades mexicas para aprehender sus nociones de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero, de todas ellas tanto como de sus contrapartes.⁶ Así debe interpretarse esa mención que hace de “los que neciamente pretenden conocer a los [antiguos] mexicanos en sus descendientes”, pues anuncia que fallarán en el análisis histórico aquellos que miren sólo el presente novohispano para discernirlo. Pese a lo mucho que pudiera decirse al respecto, lo que debe destacarse de tales palabras se encuentra, sin contradicciones de por medio, en el otro extremo del objeto estudiado, es decir, en la actualidad del lector. Sin olvidar nunca que éste es un libro sobre los antiguos mexicanos, aquí lo trascendental es escapar de aquella concepción que Bloch llamara el “ídolo de los orígenes” (Bloch, 2000: 60). Los hijos del Virreinato de la Nueva España no son los mexicanos de su texto puesto que en ellos ya no habita la pura experiencia azteca. Sin dejar de bascularlo entre las diversas épocas de su libro, el connotado ser colonial aludido por Clavijero es urgido a leer las nuevas formas de individualidad que lo habitan. Y aunque menciones así son poco frecuentes, la singularidad del enunciado coadyuva a dejar en claro que la *Historia antigua de México* sí ha buscado cancelar la “obsesión embriogénica” en el estudio de las edades. Porque -es menester decirlo- lo dicho por Clavijero viene a confirmar el pensamiento de Bloch, esto es, que los fenómenos históricos siempre serán

5 En adelante, todas las llamadas al texto de Clavijero exhibirán el número de página correspondiente a la reedición que Porrúa realizó en el 2003 de la *Historia antigua de México*.

6 Es eso que José Antonio Maravall denomina, en otros contextos, crear “conjuntos históricos” (Maravall, 1992: 11-20), es decir, aclarar la suma de eventos que, al emparenarse, hace causa común con las coordenadas mentales del mundo estudiado.

mal empleados cuando se les utiliza “en la explicación del presente con el único propósito de enjuiciarlo mejor o de condenarlo” (Bloch, 2000: 61).⁷ En consecuencia, tenemos ante nosotros a un hombre con claro oficio de historiador: erudito que no se ha erigido en juez de lo estudiado, espíritu ilustrado que no confunde el origen del Anáhuac con la explicación de lo colonial. Su visión puede calificarse, por el arrasamiento que sufre esta idea de “génesis” en el libro, de racional y, por lo tanto, de moderna.

Ahora bien, si esta exigencia de Clavijero gira en torno a la creación de edades paralelas para entender mejor los tejidos de cualquier actualidad, con el anterior fragmento también busca erradicar extranjerismos conceptuales del análisis histórico, pues aquéllos que habitan en “las naciones del Canadá y de la Luisiana” malentenderán la experiencia del mundo mexicana debido a que su *forma mentis* se aleja ya no sólo del pasado mexicano sino, por añadidura, de sus geografías culturales, las actuales y las precedentes. En resumidas cuentas, haberlo habitado para conocerlo mejor, y no confundir origen con historia, ésas son las dos articulaciones de un libro que, ahíto de tiempos en movimiento, exige ahora transparentar el “momento” de su redacción. El rastreo de dicho instante debe iniciarse en la mención que hace de un solo término, con todo lo que ello evoca en el individuo de nuestro tiempo: “censura”.

Cierto es que nuestro autor escribe desde su exilio en Italia, pero, como puede observarse, no ha desvestido su pluma de temores. Esta prudencia no debe, sin embargo, hacer olvidar que Clavijero fue un inconforme, un curioso de tantas cosas, un insaciable constructor de dudas y de respuestas. Pertenece él al mundo del humanismo mexi-

7 En muchos casos, continúa Bloch, “el demonio de los orígenes quizá sólo fue un avatar de este otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar” (2000: 61). William Carlos Williams decía lo propio al explicar los beneficios del quehacer histórico: “pero los hombres, nunca contentos con la malicia con la que rodean cada uno de los momentos de su vida, tienen que extender su mala voluntad al pasado, celosos incluso de la libertad del pasado, para mutilarla y destrozarla, también allí. Es mucho mejor ser mexicano y llevar comida a las tumbas de los muertos los días de fiesta” (Williams, 2000: 263).

cano⁸ marcado por la Compañía de Jesús pues, de hecho, jesuitas son quienes lo acompañan en sus afanes de transformar el sujeto colonial en ser humano para, desde allí, desnudo ya de cualquier determinismo estamental, llevarlo a la conquista de su propia individualidad. Aunque la explicación requeriría de mayores elaboraciones, podemos adelantar la convicción de que el siglo de Clavijero vive en una preocupación constante hacia el autoritarismo silenciador de la metrópoli -de allí la mención de “censura”- dado que en ambos lados del Atlántico están por expirar los esquemas tradicionales de sociabilidad y mientras el vasallo sigue acercándose a su nueva condición de individuo -más tarde habrá de instalarse, hasta nuestros días, en la de ciudadano-.

Ante la exigencia de delimitar los dos extremos históricos que habitan el “momento reflexivo” de Clavijero -o el principio y final de las voces que pueblan el miedo histórico a la “censura”-, se impone mirar, en primer lugar, la expulsión de los jesuitas; más adelante se abordará lo relativo a los textos aparecidos durante el Barroco que hicieron de la Compañía de Jesús un actor político de primer orden a partir de la España del siglo XVI. En lo tocante a ese primer extremo, es menester señalar las causas más visibles de la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles, sus consecuencias americanas y, asimismo, las mexicanas. Al introducir el estudio de la casuística como elemento de condena o absolución de los actos humanos, los jesuitas españoles podían pasar por relajados, por suscriptores de los mayores pecados al circunstanciar cualquier juicio moral. En América esto allanaba el terreno para que el sujeto colonial accediese a su individualidad, pues en cierta medida lo preparaba para reclamar el derecho a su destino con palabras que la propia naturaleza del virreinato no toleraba. Recordemos, en este orden de ideas, la generación de jesuitas mexicanos constituida por Andrés Cavo, Francisco Javier Alegre, Rafael Campoy, Juan Luis Maneiro -biógrafo de Clavijero-,⁹ Pedro José Márquez y

8 Los testimonios de este siglo, cuyo pensamiento en México está muy marcado por la Compañía de Jesús, pueden encontrarse, entre otros, en Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas mexicanos del siglo XVIII*, y Víctor Rico González, *Historiados mexicanos del siglo XVIII* (ver bibliografía).

9 En su obra *Vida de algunos mexicanos ilustres*, escrita en latín y citada su traducción

-cómo olvidarlo- al guatemalteco Rafael Landívar, autor de una obra paralela en raíces, contenidos y resonancias a la *Historia antigua de México: la Rusticatio mexicana* (1782). Es éste el extremo histórico de Clavijero, más cercano a nosotros y que, al decir de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, vaticinaba ya el movimiento de Independencia: “la ciencia y la filosofía de la época (a través de la reforma de la escolástica que intentan hombres como Francisco Javier Clavijero [...] constituyen los necesarios antecedentes del Grito de Dolores” (Paz, 2001: 124).¹⁰

En consecuencia, la expulsión de los jesuitas significa, más que una crisis en la espiritualidad cristiana, un instante político, ideológico y cultural en la escritura de Clavijero. Si se les ha expulsado ya de Portugal en 1759, de Francia en 1762 y de España en 1767, para 1773 habremos de asistir a la disolución definitiva de la orden (Domínguez Ortiz, 2005: 114). En España se les ha culpado, incluso, de auspiciar motines, como el de Esquilache, que vertían expresiones de descontento contra el rey y sus ministros. Sea que hayan tenido o no participación, lo cierto es que su expulsión “constituye la primera intervención traumatizante del despotismo ilustrado en América.” (Guerra, 2000: 183). Lo que es más, la disolución fue tomada como afrenta dirigida al rostro americano por cuanto los jesuitas se habían convertido en los interlocutores naturales de las sociedades criollas ante la corona (Uslar Pietri, 1995: 200 y ss.). En muchas de las ciudades históricas del Nuevo Mundo, como La Habana, Guanajuato, Buenos Aires y Potosí, “los afectos a los jesuitas, que eran muchos, hicieron patente su disgusto, e incluso hubo conatos de motín que las autoridades indianas reprimieron sin contemplaciones” (Guerra, 2000: 183).

castellana en nuestra bibliografía, Maneiro describe la biografía de treinta y cinco de sus compañeros de orden exiliados y muertos en Italia. Entre ellas se encuentra la reflexión sobre Clavijero y otros de los aquí comentados.

- 10 Pedro Henríquez Ureña explica que en la época de Clavijero ya “hay quienes prevén la independencia como hecho fatal en el futuro, aunque no lo comentan con ánimo rebelde, y en 1783 el Conde de Aranda, ministro de Carlos III de España, aconsejó a su rey la creación de tres monarquías, con infantes españoles como reyes, una en la América del Norte y dos en la del Sur” (Henríquez Ureña, 1992: 51).

El otro extremo del “momento” hispánico, ése que busca explicar las causas del evidente miedo del padre Clavijero a nuevas represalias, podemos instalarlo en el libro del jesuita Juan de Mariana (1536-1624), *De rege et regis institutione*, publicado en Toledo en el año de 1599. Toda esta memoria de la llamada doctrina del regicidio, heredada como una mala sombra por los malentendidos que se quisieron leer en el libro,¹¹ sirvió como argumento histórico ante un Carlos III que, si bien no era del todo antijesuítico, sí lo fue su mujer, Isabel Farnesio. Quizás aquí, en la lectura política que la España del Renacimiento y la de la Ilustración hicieron del libro del padre Mariana, podemos cerrar el paréntesis de los episodios que se trasminan en los escrúpulos de Clavijero -o abrirlo, si nos trasladamos al *De rege* para convertirlo en presente nuestro y, asimismo, en inicio de la secuencia de voces que alumbran la *Historia antigua de México*-. Sin embargo, la tentación para realizar saltos al humanismo del quinientos es demasiada. Olvidar a Juan Luis Vives, a fray Antonio de Guevara, a Diego de Saavedra Fajardo, al propio Erasmo, a Gracián y los hermanos Valdés, quizás sea olvidar demasiado: “para qué queréis conquistar nuevos cristianos si los habéis de hacer tales como vosotros” (Valdés, 1999: 93) puede leerse en el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés. En fin, recordémoslo una vez más: los esquemas mentales del primer Renacimiento español se metamorfosearon gracias a la integración de América a la historia universal, lo cual implica que pensadores como el padre Mariana habrían de encontrar en nuestras geografías argumentos inesperados, aunque nunca inválidos, para justificar su visión del mundo.

Entre ambos extremos, a saber, entre el libro del Padre Mariana aparecido en 1599 y la firma de la expulsión de los jesuitas del 2 de abril de 1767, podrían concatenarse otros de igual importancia que alcanzan con sus inquietudes a Clavijero. Primero, los episodios que reinventan el trabajo de historiar durante el siglo XVII y, sobre todo,

11 El texto del padre Mariana estaba inspirado en las ideas de Erasmo, en especial las tomadas de *Enchiridion*. Se proponía servir de coto a Maquiavelo al exponer, entre otras cosas, el regicidio como alternativa posible ante el gobierno de un mal soberano.

el de historiar la Iglesia desde su interior: Daniel van Papenbroeck, jesuita nacido en 1628 en los Países Bajos, fundador de una disciplina racional, desmitificadora y humanizante, como la hagiografía científica; Dom Marbillon, benedictino reformado de Sant-Maur, nacido en 1632, cuya obra, *De re diplomatica*, revoluciona por completo la reflexión documental de la historia de Occidente -y ya no sólo la eclesiástica-; por último, el oratoriano Richard Simmon, exégeta francés nacido en Dieppe en 1638 y considerado el iniciador del estudio crítico de la Biblia. Los tres, hijos del siglo de Descartes y Leibniz, operan en la efervescente pluma de Clavijero tanto como lo hace otro jesuita novohispano al que cita con frecuencia: don Carlos de Sigüenza y Góngora. Al compartir origen, mundo natural, congregación religiosa e intereses académicos, entre el siglo de Sigüenza y el de Clavijero se establece una comunidad de intenciones en el estudio del tiempo mexicano que no se aprecia en ninguna otra nación del continente (Paz, 2000, 570 y ss.), lo cual viene a fortalecer el “momento” de la escritura de la *Historia antigua de México*.

La presencia de otros eventos que, de cuño menos escolar que los anteriores, alcanzan a Clavijero, es evidente. De entre todos, el que dominaría sus intuiciones sobre el devenir de las sociedades coloniales fue la paulatina cancelación de los proyectos societarios, de carácter utopista, promovidos en el Nuevo Mundo por la Compañía. Siempre bajo el modelo de “reducciones”, poco a poco fueron abandonadas las de Juli, en la región peruana de Cuzco; en el Alto Perú, la actual Bolivia, entre los indios chiquitos; en Baja California y Sonora, con grupos de origen apache; y, quizás la más conocida, la de los guaraníes en el llamado “Estado” jesuita del Paraguay.¹² Asimismo, están los levantamientos de clara reivindicación indígena, como la rebelión de los Comuneros de Asunción en la tercera década del 700, vinculada

12 Según Alberto Armani, las reducciones jesuitas del Paraguay llegaron a comprender treinta poblaciones, veintidós mil habitantes y más de cien mil kilómetros cuadrados de extensión (ver Cap. III, p. 93 y ss). Todos estos experimentos de sociedades regidas bajo principios utopistas, hace pensar, en forma inevitable, en la figura del padre Las Casas y en sus experimentos en la Tierra de la Vera Paz, hoy Guatemala, durante la tercera década del siglo XVI.

en sus orígenes a la discusión en contra de la sociedad criolla sobre la legitimidad de la administración jesuita en las reducciones; la de 1780 bajo la dirección de José Gabriel Condorcanqui, mejor conocido como Tupac Amaru, alumno de los jesuitas en el Colegio de San Francisco de Borja de la región de Cuzco; y, en 1781, el levantamiento de los Comuneros del Socorro en Nueva Granada, aunque quizás estos últimos no llegaron con puntualidad al texto del padre Clavijero que, en 1779, veía impresa ya la primera parte de su obra.¹³

Por lo demás, esta reflexión sobre el escalonamiento de voces y episodios que se pueden escuchar en Clavijero no debe, en ningún momento, envolver de ambigüedad la esmerada disciplina con que el jesuita miró el mundo de los toltecas, tepanecas, chichimecas, aztecas, texcocanos, tlaxcaltecas, tlatelolcas, huexotzincas y acolhuas... Hay aquí un estudio único del Anáhuac, estructurado por alguien que lo interioriza, incluso, hasta en lo más íntimo de sus experiencias lingüísticas, pues es bien sabido que dominaba las lenguas indígenas y europeas de mayor utilidad para sus propósitos. El producto está tan bien razonado que, incluso, colma lagunas dejadas tanto por los cronistas del XVI como por historiadores más tardíos. Y, a pesar de todo, nada contradice el hecho de que el punto final del libro herede al lector la certeza de que aquí, en las lógicas que dominan la memoria de lo mexicano contenidas en el libro, todo debe ser principio y final inconclusos, reflexión siempre abierta a la experiencia de la relatividad significativa en los dominios del análisis histórico.

Es, pues, entre el abandono de la “obsesión embriogénica” y la reconstrucción del “momento” de la escritura donde se vislumbra la “plasticidad” de la *Historia antigua de México*. Ella, sin embargo, se presenta con dos caras: la que da presencia al pasado -en su calidad de lamento por lo perdido o, por el contrario, como posible legado- y, la más trascendental, aquella que insufla en el lector la propuesta de

13 En 1779 Clavijero entregó al impresor Gregorio Biasini, de la ciudad de Cesena, el original de la traducción al italiano de su texto. Al año siguiente lo pudo ver ya impreso, aunque es hasta 1781 que se edita el último volumen de su libro, aquel que contiene sus disertaciones.

un futuro distinto a las relaciones sociales que dominaron el imaginario colonial de la época. La primera de ellas no nos entrega esa cualidad de construir la literalidad del futuro en el virreinato, se limita a hacer saber, a informar, a explicar los rasgos de lo antiguo que no debieron malograrse, ni en el presente de la descripción ni fuera de ella: “lamentamos siempre la pérdida de aquella prodigiosa multitud de pinturas que el celo violento de los primeros misioneros entregó a las llamas, la cual ha imposibilitado la perfección de la historia mexicana” (Clavijero, 2003: 353); “cuántas cosas de los antiguos americanos ignoramos, por no haberse hecho las convenientes averiguaciones” (Clavijero, 2003: 333). En otros fragmentos, Clavijero muda el tono del lamento y expresa urgencia por rescatar lo que aún sigue vigente, en las materialidades del mundo novohispano tanto como en sus rasgos culturales -nunca en la pretendida reacción lúcida sobre el tiempo mexicano-: “aun hoy subsisten algunas ramas [familiares] de aquellas antiguas casas” (Clavijero, 2003: 300); “deseo que mis compatriotas conserven estos pocos restos de la arquitectura militar de los mexicanos” (Clavijero, 2003: 322); “se conserva hasta hoy entre los mexicanos una danza antigua que llaman vulgarmente el *tocotin*” (Clavijero, 2003, 345). Sin embargo, en esta fluidez de lo verbal con que Clavijero divide lo presente de sus antecedentes no se aloja el afán de construir postulados que legitimen los anhelos sociales del México de finales del siglo XVIII. La tarea le corresponde a expresiones de otro cuño, menos rígidas, mejor preparadas para dimensionar las épocas, para convertir lo antiguo en inmediato y lo presente en anhelo americano.

Sí, la verdadera “plasticidad” del libro, ésa sobre la que se construye la literalidad histórica del futuro mexicano, tiene que ser extraída de fragmentos que desoyen el objeto estudiado para instalarse, otra vez, en el individuo. En esa serie de máximas, consejos y reflexiones que jalonan y salpican el texto, Clavijero toma las precauciones necesarias para no despertar recelos, ni en el censor ni en el lector. Ciertamente es que no son muchas ni muy extensas, pero su mención trasciende como el punto de fuga sobre el que deberá ser delineado el cuadro cívico del futuro, ése en el que será posible la crítica y la explicación de lo nacio-

nal sin los determinismos implantados por España en la conciencia indiana:

La mayor felicidad de un reino no consiste en la extensión de sus dominios, ni en la multitud de sus vasallos; antes, por el contrario, nunca está más cercano a su ruina que cuando su vasta y desmedida amplitud ni puede conservar la unión tan necesaria en sus partes ni el vigor que se requiere para resistir a la multitud de sus enemigos, si la prudencia y habilidad de los que lo gobiernan no establece la concordia y se gana las voluntades (Clavijero, 2003: 199).

Aunque impregnados de un tono moralizador que quiere referirse sólo a los antiguos mexicanos, es difícil no escuchar, en el traspatio de la voz del emperador azteca, un manifiesto de otro orden: “¿Qué -respondió Moctezuma-, pelear hasta morir. Si morimos defendiendo nuestra libertad, cumpliremos con nuestra obligación; si vivimos vencidos quedaremos cubiertos de eterna confusión. Vamos, pues, a morir” (Clavijero, 2003: 138). Al hablar en los intersticios de lo irrefutable, porque aquí el estilo directo se aplica al emperador mexicana, son el triunfo sobre el “origen” y los avatares de todo el “momento” de Clavijero los que fundamentan las nuevas resonancias que adquieren estas expresiones: “la pasión de un príncipe o de un ministro mal corregida basta a inundar de sangre los campos, a arruinar las ciudades, a trastornar reinos y a poner en movimiento a toda la tierra” (Clavijero, 2003: 118).

Sin contradicciones posibles, estas palabras dan flexibilidad y contingencia a su labor de “historiar el futuro” de México. Clavijero ha hecho de la historia, en tanto que institución reflexiva, un escenario para imaginar y transformar el pasado en pretexto de lo por venir. Recordar, en la *Historia antigua de México*, también es denunciar, y analizar es urgir, y cotejar es proponer, y criticar lo pretérito es explorar un único porvenir posible en sociedades cuyo siglo ha trascendido ya los signos de lo virreinal para integrarse al conjunto de episodios que cimbran -que están cimbrando- las coordenadas mentales de Occidente -pensemos en lo que significan para la América española la revolución de

independencia en Estados Unidos, las ideas de la Ilustración, la misma expulsión de la Compañía de Jesús-

Allí, en ese discurso histórico que nunca traiciona la profundidad de sus acercamientos, el tiempo se ha preparado para transcurrir bajo el signo de lo propio cuando su posesión es, todavía, realidad conjetural. Por lo tanto, en Clavijero el rostro del futuro ha asumido la máscara de una literalidad antigua en cuya forma verbal -única por la "plasticidad" adquirida- cobran expresión los ideales de la nación que se aproxima. En resumidas cuentas, la *Historia antigua de México* tiene que ser celebrada, en el alba de la independencia de América, como la eficazísima exploración de una literalidad inusitada, la literalidad histórica del futuro.

No pueden, por último, quedar sin mención los desalientos paralelos entre Francisco Javier Clavijero y Marc Bloch, aquél desterrado hasta el final de sus días, en 1787, éste escribiendo sus libros de historia hasta el día de su ejecución, en la Francia ocupada de 1943. El padre Rafael Landívar y fray Servando Teresa de Mier sirven de piezas de convicción a la literalidad propuesta por Clavijero. A su vez, Henri Pirenne y Fernand Braudel acompañan, en sus luchas y en sus teorías, a Bloch. Tal pareciera que el desarraigo y la persecución —versiones distintas de una misma pérdida— mueven al estudio del hombre en el tiempo y, contradicciones más contradicciones menos, a la redacción retrospectiva de sus anhelos.

Bibliografía

- Armani, Alberto. (1996). *Ciudad de Dios y Ciudad del sol. El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)*. México: FCE.
- Bloch, Marc. (2001). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: FCE.
- Braudel, Fernand. (1996). *Escritos sobre historia*. México: FCE.
- Carlos Williams, William. (2000). *En la raíz de América*. Buenos Aires: Turner/FCE.

- Clavijero, Francisco Javier. (2003). *Historia antigua de México*. México: Porrúa.
- Domínguez Ortiz, Antonio. (2005). *Carlos III y la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rico González, Víctor. (1949). *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*. México: UNA.
- Guerra, François-Xavier. (2000). *Modernidad e independencias en las sociedades hispanoamericanas*. México: FCE.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1992). *Historia de la cultura en la América hispánica*. Santo Domingo: FCE.
- Leibniz, Gottfried Wilhelm. (1992). *Discurso de metafísica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Maniero, Juan Luis. (1988). *Vidas de algunos mexicanos ilustres*. México: UNAM.
- Maravall, José Antonio. (1992). *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel.
- Méndez Plancarte, Gabriel. (1941). *Humanistas mexicanos del siglo XVIII*. México: UNAM.
- Paz, Octavio. (2001). *El laberinto de la soledad*. México: FCE.
- (2000). *Tela de juicios*. México: FCE.
- Uslar Pietri, Arturo. (1995). *La creación del nuevo mundo*. México: FCE.
- Valdés, Alfonso de. (1999). *Diálogo de Mercurio y Carón*. México: CONACULTA.